

Rigoni, Mirtha Laura

Representación de ciudades : trayectos y metáforas en Juan Goytisolo

Artículo publicado en Revista LIS. Letra. Imagen. Sonido, Año 6, No 11, 2014

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rigoni, Mirtha L. Representación de ciudades : trayectos y metáforas en Juan Goytisolo [en línea]. En Revista LIS. Letra. Imagen. Sonido Ciudad Mediatizada, 6(11), 2014. Disponible en: <http://semioticafernandez.com.ar/revista-lis/>
Registro disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/representacion-ciudades-trayectos-metaforas.pdf> [Fecha de consulta:]

Representación de ciudades: trayectos y metáforas en Juan Goytisolo

Mirtha Laura Rigoni

Resumen:

Las ciudades cosmopolitas suelen caracterizarse por el mestizaje de culturas, la aceptación de las diferencias, la convivencia pacífica y el intercambio enriquecedor. Estos conceptos se oponen al racismo, la discriminación y a la idea aberrante de “limpieza étnica”. En sus novelas, ensayos y coberturas periodísticas internacionales el escritor español Juan Goytisolo describe ciertos lugares de Marrakech, París y Sarajevo, entre otras capitales donde aprecia ese diálogo intercultural. Utiliza la metáfora, la sinécdoque, la comparación y el oxímoron, entre otros recursos. En este trabajo me refiero particularmente a la representación de Estambul y El Cairo en dos ensayos incluidos en *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*. Los espacios pueden leerse allí como si fueran un texto. Así, Estambul es un palimpsesto urbano mientras que en El Cairo abundan los contrastes y las paradojas. Los carteles publicitarios y la televisión contribuyen a crear otra imagen urbana diferente de la que percibe el viajero al recorrer las calles.

Palabras clave: espacio urbano -cosmopolitismo - paradojas - metáforas - valores

Summary:

Cosmopolitan cities are often characterized by the blending of cultures, acceptance of differences, peaceful coexistence and fruitful exchange. These concepts are opposed to racism, discrimination and the aberrant idea of “ethnic cleansing”. In his novels, essays and international news coverage, the Spanish writer Juan Goytisolo describes certain places in Marrakech, Paris and Sarajevo, among other metropolis where he appreciates that intercultural dialogue. He uses the metaphor, synecdoche, oxymoron and comparison, among other resources. In this paper I am referring particularly to the representation of Istanbul and Cairo in two essays included in *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*. Spaces can be read as if there were a text. So Istanbul is an urban palimpsest while Cairo shows many contrasts and paradoxes. Advertising posters and television contribute to a different urban image from that perceived by the traveler when he walks through the streets.

Key words: urban space - cosmopolitanism - paradoxes – metaphors - values

A diferencia de lo que ocurría en la antigüedad, cuando el viaje estaba ligado a las pruebas impuestas por los dioses e implicaba sufrimiento, como ocurre por ejemplo en la *Odisea* o en el *Poema de Gilgamesh*, en el mundo moderno se lo asocia con la excitación y el placer. Renato Ortiz (1988:1-6) observa esta característica del tema del viaje y agrega otras, como la proximidad que se observa entre este y los ritos de pasaje, pues el individuo sale de su medio, de un mundo anterior para penetrar en otro totalmente nuevo; la aproximación luego de un período de aislamiento, de cuarentena, ya que el extranjero debe demostrar de lejos sus intenciones antes de aproximarse y estrechar relaciones; y el conocimiento del otro, aquel que es diferente, lo que propicia una reflexión sobre el hombre universal y

supone un enriquecimiento del viajero, quien ha puesto en contacto lugares que están separados por la distancia y los hábitos culturales.¹

De este enriquecimiento personal a partir del contacto con otra cultura dan cuenta los relatos de Juan Goytisolo, escritor español nacido en Barcelona en 1931. En sus novelas, así como en ensayos, entrevistas, textos autobiográficos y coberturas periodísticas internacionales se pone de manifiesto la valoración que él hace del Islam y de la apertura al diálogo intercultural.

El escritor se define como un “animal urbano” en la segunda parte de su autobiografía titulada *En los reinos de Taifa*. Asegura que es capaz de caminar kilómetros por las calles de la ciudad que lo estimula, mientras que no puede disfrutar de un paseo por el campo, como muchos de sus conocidos a quienes la quietud y el silencio de la campiña les agrada y les sirve como fuente de inspiración. Sus relatos muchas veces se detienen en la observación de espacios públicos de grandes ciudades y, sobre todo, en la interacción de sus habitantes.

Entre sus libros de viajes, *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia* reúne seis ensayos en donde claramente se observa tanto la fascinación del sujeto por algunos espacios urbanos, como la valoración de los encuentros fructíferos y las asociaciones entre culturas tan frecuentes en la narrativa de Goytisolo. A partir de dos de estos trabajos, nos ocuparemos en este artículo de los procedimientos que se ponen en juego para la representación de las ciudades de Estambul y El Cairo.

Para una mejor comprensión del tema propuesto, consideramos importante citar en primer lugar algunas referencias a otras ciudades en los textos de Goytisolo y exponer su posición respecto del multiculturalismo y de la postura que prevalece en Europa frente al Islam.

En el primer trabajo que da nombre al libro *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*, el viajero se refiere a su visita a esa región de Turquía; allí las iglesias rupestres y las extrañas formaciones producto de las erupciones volcánicas y la erosión eólica –figuras cónicas, torres cilíndricas y chimeneas fungiformes– le resultan muy familiares pues le recuerdan los diseños del arquitecto catalán Antoni Gaudí. Narra el reencuentro con un anciano a quien había conocido en un viaje anterior; este vive recluido en una cueva y sostiene que Gaudí no está muerto como todos creen sino que, contra toda evidencia histórica, reside como un ermitaño y trabaja en ese lugar, lejos de Barcelona, ciudad “contaminada por toda clase de desechos éticos e industriales” (Goytisolo 1990: 15), alejado de un medio “positivista y mediocre en el que se asfixiaba” (19).

El anciano asegura que a Gaudí el espacio físico y cultural del Islam le fascinaba: “[...] él buscaba, como Cervantes y Goya, la España profunda y la halló en los estratos ocultos del enjundioso mestizaje mudéjar” (19). Los “desechos éticos” que contaminan las grandes ciudades de Occidente contrastan con ciertos valores morales que el mismo Goytisolo asegura haber descubierto en el mundo islámico, como veremos más adelante, y este tipo de asociaciones son recurrentes en su narrativa, muchas veces a partir de la comparación de estilos de vida de diversas ciudades.

Cabe señalar que Goytisolo ha manifestado que referirse al Islam en general resulta una simplificación, y que la percepción de este como enemigo y la consecuente “islamofobia” carece de sentido. Ya en 1982, él señalaba que la sensibilidad antiislámica, presente en todos los niveles del subconsciente europeo, se explicaba por la amenaza que el mundo musulmán significó para la cristiandad entre los siglos VIII y XVII. En su opinión, el verdadero enemigo es el “fundamentalismo de la tecnociencia”, la modernidad incontrolada que está saqueando los recursos limitados del planeta y destruyendo la

¹ Ortiz cita a Lee, E. J., *The Mind of the Traveler*, Nueva York, Basic Books, 1991; Van Gennepe, A., *Os ritos de passagem*, Petrópolis, Vozes, 1978; y Simmel, G., “O estrangeiro”, en De Moraes, Filho, E. (Comp.), *Simmel*, San Pablo, Ática, 1983.

biósfera y la vida humana.² También considera al capitalismo actual como un poder fundamentalista: “[...] aquello que no encaja en el mercado –y el capitalismo decide qué es mercado y qué no– es anatema, es improcedente y se condena con métodos diferentes, más modernos que los que utiliza el fundamentalismo islámico”.³

En su crítica al capitalismo, Goytisolo ataca –a veces valiéndose incluso de la sátira– a la industria inmobiliaria, del turismo y de la publicidad. También condena las estrategias de ocultamiento y manipulación que llevan a cabo los medios de comunicación⁴ y pone en tela de juicio que Estados Unidos, a partir del atentado a las Torres Gemelas, considere que los únicos terroristas son islámicos; que se maten civiles por alcanzar objetivos políticos y que no se brinde apoyo suficiente a las fuerzas democráticas que luchan en los países musulmanes por construir estados modernos respetuosos de los derechos humanos. De los españoles, rechaza en particular la xenofobia, la “anorexia cognitiva y asimiladora tocante a otras culturas”,⁵ el nacionalismo que siente nostalgia por el imperio español, la idea de España como refugio espiritual de Europa y la falta de reconocimiento de la rica herencia cultural de raíces árabes.

Frente a lo que llama “nacionalismos de calidad”,⁶ que mitifican el pasado alegando presuntas esencias y proponiendo un retorno mítico a una supuesta edad de oro incontaminada por el roce con culturas ajenas, Goytisolo está a favor de la suma y la mezcla.⁷ La interesante literatura mudéjar, escrita en castellano pero con frecuencia basada en modelos literarios orientales, es un claro ejemplo del enriquecimiento que supone la hibridez y el mestizaje. Y el escritor insiste en que se tome conciencia de este valor pues cree que solo una perspectiva cosmopolita puede dar cuerpo a los ideales de libertad y democracia.⁸

En las ciudades cosmopolitas de los textos de Goytisolo, la mezcla, lo exuberante y lo abigarrado resultan estimulantes. En la novela *Paisajes después de la batalla* se describe el barrio de Sentier, en París;⁹ allí el narrador utiliza la metáfora del pastel de hojaldre –una de las múltiples figuras que usará

² Véanse Goytisolo 1982a, 1995b, 1996 y 2003. Véanse también, acerca de la crítica al progreso, Ortiz (2005: 139) y sobre amenazas globales, Beck (2006: 54-58).

³ Günter Grass y Juan Goytisolo, 1999: 23.

⁴ Véanse también sobre este punto, Goytisolo, 1991: 28-29. También una entrevista (Riera, M., 2008), donde el escritor afirma: “Obviamente existe un mundo que está en los medios, pero al margen de ese mundo hay centenares de millones de personas. Hoy las personas sólo existen como noticia, como decía Guy Debord. Esa es la realidad. Lo hemos visto en las elecciones norteamericanas: puro espectáculo. No hay más que ver la inmundicia invasión de lo privado en el espacio público, bien patente en los programas de telebasura”.

⁵ Utiliza esta expresión en la presentación de Said 2008:12. Cabe señalar que allí Goytisolo también adhiere a ciertas críticas que se hacen al mundo árabe. Señala que Said ha denunciado la ausencia de autocrítica en los medios intelectuales árabes, “el ensimismamiento de su cultura, su refugio suicida en el pasado, la negación y el no reconocimiento de las realidades que aborrecen y temen, el complejo de amor/odio respecto a Occidente, la falta de democracia real y la instrumentalización de las elites por los gobernantes” (13).

⁶ Günter Grass y Juan Goytisolo 1999: 21.

⁷ Serge Gruzinski (1999) entiende la identidad como conjunto de relaciones e interacciones múltiples; al igual que Goytisolo desconfía del término „cultura” como totalidad coherente y estable. Sostiene que se suele pensar erróneamente en grupos humanos puros, físicamente distintos y separados por fronteras. Desde ese punto de vista, los mestizajes serían desórdenes que alteran a entidades estables denominadas culturas o civilizaciones. Pero Gruzinski no coincide con esta visión. En el mismo sentido, Appiah (2007: 156) afirma que la pureza cultural es un oxímoron.

⁸ Véase también Ortiz 1988:156.

⁹ Goytisolo vivió allí antes de establecerse en Marrakech.

para referirse a los espacios urbanos—, donde las diversas capas están constituidas por los grupos de inmigrantes de diferentes orígenes que se establecieron allí en distintas épocas. Un corte transversal de la torta permite ver —como en los gráficos de las eras geológicas de los libros de ciencias naturales— los estratos de diferentes colores, y ese aspecto multicolor, abigarrado, aflige al núcleo de primitivos habitantes:

El pastel [...] presenta entonces, una vez hecho el corte sectorial, una serie de ingredientes sociales y étnicos propios de las heterogéneas comunidades esmeradamente dispuestas por la mano invisible del confitero. Arriba, en la costra o corteza de chocolate, los comerciantes judíos [...]. Debajo de ellos [...] portugueses y españoles, amos de las porterías o inquilinos de lóbregos y ruinosos apartamentos sin baño y con excusado común [...]. Después, en la porción de miel o confitura de fresas, la reciente diáspora de orillas del Bósforo [...]. En la capa inferior de crema o pasta de nueces, según el gusto de los clientes, los árabes y beréberes que excavan las zanjas de obras públicas cada vez que hay cambios o averías en la red de agua o electricidad del barrio [...]. Al fin —hemos llegado ya a la base del pastel—, los afganos, paquistaneses y bangladesís, esa masa gregaria de sujetos morenos y fantasmales que vende a diario, a bajo precio y sin contrato alguno, su fuerza de trabajo [...] Goytisolo, 1982b: 20-21.

A pesar del desconcierto de los primitivos habitantes, la metáfora del pastel de hojaldre formado por diversas capas socioculturales tiene una connotación positiva: los ingredientes por separado no resultan tan sabrosos como cuando se reúnen o se integran superponiéndose.

La convivencia pacífica entre culturas es un logro de la civilización, representa para Goytisolo la vigencia del concepto de ciudadanía sobre el de tribu étnica. En este sentido, en *Cuaderno de Sarajevo*, escrito a propósito de su viaje a esa ciudad durante el conflicto de los Balcanes para realizar una cobertura periodística, él alude a algo particular de ese lugar, una excepción a lo que ha observado en el resto de Europa: “Durante casi tres décadas, Sarajevo se convirtió en un crisol de culturas fecundadas mutuamente, cuyos frutos en el campo de la creación literaria y artística fueron otras tantas victorias de la civilización frente a la barbarie y la muerte” (Goytisolo 1994: 94-95). La guerra, el sitio de la capital de Bosnia por parte de los serbios hizo que se desmoronara la convivencia pacífica entre musulmanes, serbios, croatas y sefaradíes, como revela un ciudadano que es entrevistado allí:

[...] había una relación muy buena entre las comunidades religiosas. [...] Los niños musulmanes iban a trabajar a nuestros talleres de artesanía y aprendían su oficio en ellos. [...] Sarajevo es una mezcla: multicultural, multiconfesional, multinacional. En este barrio de Sarajevo, la sinagoga está a un paso de la mezquita y ésta a un paso de las iglesias católica y ortodoxa. Ahora nos han metido en un gueto, en un campo de concentración de 380 000 personas (Goytisolo 1994: 44).

Símbolo de la segregación racial y de la voluntad de exterminio en esta contienda es la destrucción de la célebre biblioteca de Sarajevo, el Instituto de Estudios Orientales, hecho aberrante que Goytisolo denomina “memoricidio”.¹⁰ En la edición de Aguilar de *Cuaderno...*, encontramos veinticuatro fotografías tomadas en la ciudad durante el sitio; en el centro se ven las ruinas de la biblioteca, sinécdoque de la destrucción del rico patrimonio cultural de la capital.

Más allá de algunas excepciones, las ciudades europeas no son las que prefiere Goytisolo. En el capítulo “Lectura del espacio en Xemaá-el-Fná” de la novela *Makbara*, el narrador se refiere al orden molecular de la gran urbe europea, a la agresión del reloj, al apresuramiento en las horas pico, al

¹⁰ Véase Rigoni, 2008.

“apretujado aislamiento”, oponiéndolos a la “dulce familiaridad sin fronteras” en la plaza principal de Marrakech (Goytisoló 1980: 19).¹¹

Texto urbano políglota y escrituras superpuestas

La urbe islámica es el tema de dos de los ensayos de *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*, “La ciudad palimpsesto” y “La ciudad de los muertos”, referidos respectivamente a Estambul y a El Cairo (aunque el título alude a un sector de esta capital). El viajero se niega a guiar al lector hacia los sitios históricos de interés, a la presentación de su texto a la manera de una guía turística. Además, como ha conocido anteriormente estas ciudades y a algunas personas que allí habitan, no se siente un intruso o un marginal; recorre con cierta familiaridad las calles y no le cuesta mucho integrarse.

En “La ciudad palimpsesto”, Estambul se presenta como un espacio que puede ser leído (como ocurría con la plaza de Marrakech en el capítulo citado de *Makbara* y con el barrio de Sentier en *Paisajes después de la batalla*, al que se llamaba en ese relato “palimpsesto urbano”).¹² No se trata solo de que el hábitat humano constituya un discurso por sus simetrías, oposiciones de lugares y paradigmas, o de que la ciudad sea concebida como una inscripción del hombre en el espacio (Barthes, 1967), sino también de que la yuxtaposición de planos étnicos e históricos (mediante la arquitectura, los ritos, los nombres de las calles y otros vestigios del pasado que han sido borrados pero solo en parte) propicien fenómenos de hibridación de discursos.¹³

La pluralidad y convivencia de estilos, su contagio recíproco, el valor energético de la ósmosis descentran la mirada del visitante, aniquilan su visión homogénea de las cosas [...]. En las calles y lugares privilegiados de ese espacio-palimpsesto que es Estambul, aquél permanece a la escucha de un texto políglota en el que una babel de lenguas —el lenguaje de las piedras— traza la historia incompósita de la ciudad fundada hace 27 siglos [...]. (Goytisoló 1990: 88)

El texto presenta una visión fragmentaria del espacio y, en lugar de aludir a los sitios recomendados en las guías de turismo, hace referencia a otros que llaman la atención de quien se desplaza de manera azarosa por las callejuelas como un flâneur “atento siempre como Baudelaire a la escucha de los rumores de la urbe” (92).¹⁴ En *Paisajes después de la batalla* el narrador sugiere una asociación entre el plano de la ciudad y la estructura novelística, entre el callejeo urbano y la escritura:

[...] puedes callejear escribir extraviarte en el doble espacio de la cives y el libro inventar trayectos laberínticos desorientar desorientarte: esparcir la materia narrada al azar de sorpresas e imponderables por toda la rosa de los vientos [...]. (Goytisoló 1982b: 192)

¹¹ En 1997 Goytisoló publicó un ensayo con el mismo título del capítulo citado.

¹² En *Estambul otomano*, se plantea otra dimensión de la lectura de la ciudad: muchas veces los viajeros llegan a ella a reconocer lo que hay leído en los textos, van a embeberse en un corpus escrito (Goytisoló 2003: 9). Por eso prevalecen una serie de tópicos occidentales adjudicados reiteradamente a Estambul y a Turquía.

¹³ Goytisoló cita a Lotman, “Semiótica de una ciudad”, *Lettre internationale* n°13, junio de 1976.

¹⁴ El narrador, usando la segunda persona como si se tratara de una suerte de voz de la conciencia, amonesta al personaje por no seguir algún itinerario que suele proponerse a los turistas: “¡Aún estás a tiempo de enmendarte y conseguir un tardío y ya displicente perdón del lector! En vez de arrastrarle contigo a la observación arrobada de la masa peatonal de un puente y el espectáculo un tanto chabacano de los joviales bebedores de *raki*, puedes llevarle todavía, asesorado con la *Guide Bleu*, a lugares de mayor solera y raigambre: al ábside, nártex y mosaicos bizantinos de Santa Sofía; al imponente acueducto de Valens [...] (94)

La ciudad, sobre todo cuando su plano no es de cuadrícula, resulta inspiradora de la escritura: escribir puede ser entonces trazar recorridos laberínticos, lo que se hace evidente en muchos textos de Goytisolo, en particular en sus novelas.

“La ciudad palimpsesto” no propone una visión general, sino que se construye a partir de una serie de secuencias dispersas, discontinuas, sobre sitios como el Çiçek Pasajı (Pasaje de las Flores), el Gran Bazar o la alhama: “[...] territorios aislados, sin conexión aparente, pero dotados de una fuerza escenográfica que hipnotiza y subyuga” (Goytisolo 1990: 88-89). La imagen asociada a los espacios urbanos descritos es la del *collage* de tarjetas postales, la del centón –manta hecha de retazos y usada para cubrir pertrechos militares, y también texto literario compuesto por fragmentos ajenos– o bien la del espejo roto que remite a una visión cubista.

Predominan los espacios públicos donde está presente una multitud de personas; el viajero presta más atención a los individuos que al panorama y vincula “el excedente de energía de la muchedumbre” (90) con el que halló en otros espacios a la vez físicos y textuales que desde siempre lo han atraído y cuyo conocimiento le ha resultado fructífero, como el Zoco Chico de Tánger o la plaza de Xemáa el Fna en Marrakech. Le impresiona el “caótico frenesí de hormiguelo”, que únicamente encontró en otra metrópoli “a la vez imperial y tercermundista: la Nueva York bastarda, meteca de los guetos puertorriqueño y negro que poco a poco destiñe sobre la *cives* blanca y dulcemente la contamina” (89). Es claro que la idea de contaminación no remite aquí a algo negativo, como ocurría en el caso de la Barcelona contaminada por desechos éticos e industriales a la que se aludía en el primer ensayo del libro, sino que es algo positivo, enriquecedor, porque se opone al concepto de “pureza racial” que, como hemos visto, en los textos de Goytisolo se rechaza de plano.

El protagonista establece un contraste entre la marea de rostros expresivos y gesticulantes que observa y los semblantes “muertos, aletargados, casi bovinos que tanto abundan en nuestras ciudades del Norte industrializado” (91), análogo al que notará luego entre la familiaridad física en la alhama y el “estricto distanciamiento corporal de la enfermiza moral puritana” (96).¹⁵ La impresión de contacto con algo exótico se diluye rápidamente; el forastero conoce el idioma vernáculo, la cultura con la que tanto simpatiza. Y no es visto con recelo; a veces es ignorado en su recorrido y se siente casi transparente: en la lucha por la vida que se manifiesta con estimulante brutalidad, debido a la necesidad de sobrevivir en medio de una crisis general, las miradas de los demás en ocasiones lo atraviesan y apuntan a algo situado más allá. El visitante se convierte entonces en una cámara cinematográfica que registra con minuciosidad el microcosmos que lo rodea. Pero en ocasiones se siente absolutamente integrado, como cuando en el bullicio del atardecer en torno a cervecerías y restaurantes del Pasaje de las Flores, un grupo de parroquianos lo invita a confraternizar en una “atmósfera exuberante y cordial” (93).

Contrastes y paradojas de una ciudad

La cordialidad es uno de los temas principales de “La ciudad de los muertos”. En el comienzo del ensayo, el viajero se comunica en silencio, solo a través de la mirada, con un anciano en las calles céntricas de El Cairo y lo que prima en torno a ambos es el movimiento de la multitud y el caos: “pasarelas metálicas atestadas de público”, “ejército peatonal”, “río de coches”, “hormiguelo incesante” (63-64). La ciudad, donde han desaparecido las aceras y los automovilistas no respetan las leyes de tránsito, es una megalópolis cruel, un monstruo suelto para los inválidos, los ancianos y para quienes viajan en transportes públicos.

¹⁵ El mismo contraste también se presenta en Goytisolo 2003. Véase, a propósito de este texto, Lucas 2011.

El narrador da cuenta de los cambios ocurridos en la urbe, “que ha pasado en diez años de siete a catorce millones de almas” (65), donde las obras del metro han abierto las “entrañas del monstruo”, lo que ha provocado rupturas de alcantarillado e inundaciones.

Así como en el otro ensayo referido a Estambul las metáforas de la aprehensión del espacio son la del centón y el *collage* de tarjetas postales, aquí el viajero abarca el entorno de manera fugaz, como si viera una sucesión de diapositivas. Y lo que observa es el contraste de esta ciudad cosmopolita: bajo los carteles publicitarios de Coca Cola, Seven Up y Marlboro, la “catástrofe oculta” (64) de la miseria: viviendas decrepitas, suciedad, escombros. La ciudad se personifica con un “rostro descompuesto”, “arrugas, grietas, cicatrices, legañas [...]” (64). Los conductores desahogan su impaciencia con bocinazos y los peatones se resignan a la agresión acústica.

Irónicamente, Al Qahira (La Victoriosa) se parece cada vez más a Calcuta, aunque “las ratas no han invadido *aún* las viviendas, mendigos e inválidos no exhiben *aún* sus horribles muñones [...] el pueblo no muere *aún* en las aceras, esqueletos ambulantes no tienden *aún* sus manos yertas [...]” (66).¹⁶ Pero no es esta realidad precisamente la que presentan las telenovelas egipcias destinadas “a embotar la inteligencia y sensibilidad de los pueblos árabes” (66) sino un ámbito ideal engañosamente limpio, vacío y hermético que contrasta con las calles atestadas y el hacinamiento. El narrador asocia lo trágico con lo ridículo presentando una serie de personajes esperpénticos, como un policía que “agita vanamente sus brazos de títere” (65) o, rodeados de muebles grotescos, a los actores y actrices de las telenovelas como muñecos y muñecas de turno que con muecas y pantomimas tratan de probar que “los ricos también lloran” (66-67).

En su vagabundeo por los barrios populares, el viajero se escurre entre la masa urbana y la esquivo como puede, mientras evoca a quienes han escrito sobre esta ciudad: Ibn Battuta, sir Richard Burton, Edward Jarrat o Sami Naïr, entre otros. Poco a poco, sorprendentemente, se reconcilia con las razones de su antiguo amor por El Cairo:

[...] a diferencia de las ciudades europeas o norteamericanas en las que uno envejece al margen de la vida, reducido a un estado de robot o con los sentidos medio atrofiados, un simple paseo por entre el tráfico del centro pone inmediatamente en contacto al viajero con las raíces de aquella. (69)

Le llama la atención la intensidad y la violencia de los olores –perfumes, especias e incluso basura– que hacen resucitar su olfato, “embotado en las urbes sometidas a una asepsia embrutecedora” y sus impresiones anteriores se resignifican: El Cairo es desmesurada, cruel y harapienta pero a la vez magnífica, un ser mítico que devora a sus hijos, un “Ave Fenix tentacular (que) parece haber descubierto el secreto de un ciclo incesantemente renovado en el que vida y muerte se mezclan hasta confundirse” (70). El sujeto se inclina a pensar, como Naïr (1986), que la degradación del espacio urbano, su dislocación y decadencia aparentes son solo un perpetuo ejercicio de redistribución de sus materiales.

El hombre se siente vivo al recorrer una medina en donde “todo ocurre a la luz del día y continuamente ocurre algo” (69); en unas pocas horas ha visto varias parejas de recién casados sacándose fotos en la entrada de una mezquita y el séquito de dos entierros.

A diferencia del sentimiento de rechazo y angustia que en la sociedad occidental provoca la coexistencia diaria con la muerte, la ciudad egipcia no la niega ni la esconde, sino que la integra a la vida como un ciclo más; esto se hace aún más evidente cuando el forastero llega al cementerio urbanizado de Al Jalifa, donde los panteones están habitados y donde se celebran bodas, fiestas, se

¹⁶ Las bastardillas en la palabra “aún”, que aparece reiteradamente, pertenecen al texto original.

hacen reuniones domésticas y partidos de fútbol en la calle como si se tratara de un barrio cairota como cualquier otro.¹⁷

Es muy detallada la descripción de esta ciudad tan particular dentro de la ciudad y el narrador incorpora al narratario en su paseo: “Si tomamos por Imán Chaafai” (72), “A la izquierda de la encrucijada de Bab al Qarafa, siguiendo el trayecto borroso de la vía férrea [...]” (73). No se trata de un sitio turístico, aunque podría serlo porque hay mausoleos de monarcas, pero las autoridades no quieren promover la visita a un lugar como este.

En la Ciudad de los Muertos, “una abigarrada y fascinadora aglomeración urbana rebosante de vida, con sus barrios modernos y antiguos, humildes y aristocráticos” (76) viven un millón de personas, que nacen, se reproducen, envejecen y mueren en medio de la presencia muda de los difuntos; allí no se observan las estrategias ocultativas de la muerte propias de las metrópolis como París o Nueva York, donde “uno puede vivir por espacio de años sin percatarse de su intrusión molesta” (75).

El visitante descubre que en este lugar existe una clara conciencia de la igualdad entre los hombres, basada en que “la diferencia entre vivos y muertos, paralelamente superpuestos en los mausoleos y esfuminados de modo gradual en la sombra, es una simple cuestión de tiempo y matiz” (78). Se siente sereno y experimenta el sosiego, la armonía y la benignidad gracias a la hospitalidad de los vivos y la inmediatez de los muertos.

El narrador relata una experiencia, que parece similar a la de un retiro espiritual: cuenta que lo invitaron a pasar la noche en un panteón y esto fue una “cura o antídoto contra la angustia acumulada por las inevitables irrupciones tanáticas en mi vida diaria” (80) pues el temor del sufrimiento, el cáncer, el sida o la vejez no caben en el ámbito de un mausoleo. Menciona a un individuo, Ahmed, y a su familia, quienes habitaban en una casa-panteón y rechazaron, como otras familias que conoció, su tentativa de compensar con dinero su hospitalidad. Entonces se refiere a la belleza moral del individuo, concepto al que alude también en la novela *La cuarentena*.¹⁸

Si la soledad de los muertos es nuestra gloria más segura (Jean Genet), la soledad compartida con éstos por los moradores del macabro aureolaba a mis anfitriones de una gloriosa belleza moral: su amor al prójimo ardía sin espera de recompensa alguna, como si la conciencia de la absoluta igualdad de los hombres frente a la muerte hubiera abolido las odiosas barreras del poder y la riqueza con su elemental y desnuda simplicidad (Goytisolo 1991:83).

En la “belleza moral” que el observador encuentra en el cementerio habitado se halla la clave de la valoración de la ciudad islámica, por eso este sitio aparece representado también en otros textos del autor, como en un capítulo de *Paisajes después de la batalla* titulado coincidentemente “La Ciudad de los Muertos”: “[...] las urbes-medina en que te has doctorado errando por ellas tal perro sin dueño se cifran ahora en un ámbito único: cementerio cairota de los mamelucos miserable y soberbia Ciudad de los Muertos” (Goytisolo, 1982b: 192-193).¹⁹

¹⁷ Se explica que tradicionalmente el cementerio estuvo habitado por familias instaladas junto a sus difuntos o guardianes de mausoleos ajenos, pero que luego la población se multiplicó con la llegada de millares de nubios que debieron abandonar sus tierras anegadas por la represa de Asuán y de cairotas víctimas de la crisis habitacional.

¹⁸ Hacia el final de ese relato, el narrador también se refiere al cementerio urbanizado de Al Jalifa en El Cairo. *Sobre La cuarentena*, véase Rigoni 2001.

¹⁹ Nuevamente la miseria conjugada paradójicamente con lo grandioso, como vimos en la descripción de El Cairo —en la primera parte del ensayo de *Aproximaciones a Gaudí*—, ciudad harapienta y a la vez magnífica.

Para concluir, podemos señalar que los recorridos por diferentes metrópolis representadas en la narrativa de Goytisolo suponen el contacto con distintos hábitos y cosmovisiones, las de otras culturas que suelen compararse con la propia. Al referirse a las ciudades cosmopolitas y al diálogo intercultural, sus textos reconocen la importancia del respeto de las diferencias locales, pero también propician una cierta homogeneización que afectaría a aquellos aspectos culturales que implican el respeto de valores globales, como los democráticos, que por supuesto no son patrimonio exclusivo de Occidente.²⁰ De esta forma se produce lo que Todorov (1988: 28) considera la mejor consecuencia del cruzamiento entre culturas: una mirada crítica que se vuelve sobre lo propio y el descubrimiento de lo universalmente humano que vale la pena fomentar.

Referencias bibliográficas

- Appiah, Kwame A (2007) *Cosmopolitismo. La ética en un mundo de extraños*, Buenos Aires, Katz.
- Barthes, R. (1967) “Semiología y urbanismo”, en *L’Architecture d’Aujourd’hui* N°53, 1970-1971.
- Beck, Ulrich (2006) *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo Veintiuno.
- Castany Prado, Bernat (2007) *Literatura posnacional*, Murcia, Universidad de Murcia.
- Goytisolo, J. (1990) *Aproximaciones a Gaudí en Capadocia*, Madrid, Mondadori.
- (2003) “Convivencia con el Islam”, en *Revista de Occidente*, n° 263, abril, disponible en <http://www.pensamientocritico.org/juagoy0504.htm> (consultado en marzo de 2014).
 - (1982a) *Crónicas Sarracinas*, Barcelona, Ruedo Ibérico.
 - (1994) *Cuaderno de Sarajevo*, México, Aguilar.
 - (1995a) *El sitio de los sitios*, Madrid, Alfagurara.
 - (1986) *En los reinos de Taifa*, Barcelona, Seix Barral.
 - (2003) *Estambul otomano*, Barcelona, Península.
 - (1991) *La cuarentena*, Madrid, Mondadori.
 - (1980) *Makbara*, Barcelona, Seix Barral.
 - (1982b) *Paisajes después de la batalla*, Barcelona, Montesinos.
 - (1995b) “¿Un mundo sin contemplativos ni poetas?”, en *El bosque de las letras*. México, Alfaguara.
- Grass, Günter y Juan Goytisolo (1999) *Diálogo sobre la desmemoria, los tabúes y el olvido*, Madrid, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Gruzinski, Serge (1999) *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Halperín, Jorge (1996) “Nos equivocamos de enemigo”, entrevista a Juan Goytisolo, en diario *Clarín*, 25 de agosto.
- Lucas, Patricia (2011) “Estambul otomano de Juan Goytisolo: lo propio y lo ajeno, en *Ángulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*. Vol. 3, n°1, disponible en <http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen03-1/varia02.htm> (consultado en marzo de 2014).

²⁰ Véase Castany Prado 2007: 44.

- Naïr, Sami (1986) *Le Caire, La Victorieuse*: journal d'un voyage égyptien, París, Editions Denoël.
- Ortiz, Renato (1998) *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Santafé de Bogotá, Andrés Bello.
- Ortiz, Renato (2005) *Mundialización: saberes y creencias*. Barcelona, Gedisa.
- Riera, Miguel (2008) "Parodia de los ruidos del tiempo", entrevista a Juan Goytisolo, EVT, n°251, disponible en <http://es.scribd.com/doc/19764485/Goytisolo-Juan-y-Riera-Miguel-Parodia-de-los-ruidos-del-tiempo-EVT-n-251-2008> (consulta en marzo de 2014).
- Rigoni, Mirtha (2001) "Destrucción, creación y belleza moral en la obra de Juan Goytisolo", en Noufour, Hamurabi y Ma. Carmen Porrúa (Eds.), *Miradas australes sobre Juan Goytisolo*, Buenos Aires, Cálamo.
- (2008) "La exclusión y la guerra en relatos de Juan Goytisolo, Antonio Muñoz Molina y Jorge Semprún", en Ma. Carmen Porrúa (Ed.), *Sujetos a la literatura. Instancias de subjetivación en la literatura española contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 91-108.
- Said (2008) *Orientalismo*. Madrid, Debolsillo.

Nota biográfica del autor

Mirtha Laura Rigoni, Lic. y Prof. en Letras, técnico universitario en Periodismo. Profesora protitular de Redacción Periodística y de Literatura en la Facultad de Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación (UCA), y jefa de Trabajos Prácticos de Literatura Española Moderna y Contemporánea en la Fac.de Filosofía y Letras (UBA). Publicaciones: más de veinticinco artículos en actas de congresos, revistas y libros sobre literatura española, memoria y espacio urbano entre otros temas. Dirección electrónica: mirlaurarigoni@gmail.com